

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1954

Núm. 1021

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

"TENGO COMPASION DE TI"

(LEYENDA ORIENTAL)

LA mañana de aquel viernes era clara, radiante; ni la más pequeña nubecilla osaba empañar aquel cielo diáfano y resplandeciente. La brisa, a pesar de estar todavía en Marzo, venía saturada de un perfume mañanero, primaveral, que el viento sabía robar a las primeras y variadísimas flores que hasta los más humildes habitantes de Nazaret cuidaban con gran esmero en las azoteas de sus moradas.

Los chiquillos madrugadores, emulando a los pajarillos, reían y gritaban llenos de gozo, y sin pretenderlo, con sus algaradas cantaban un himno de gratitud y bienvenida a la primavera, que iba derramando alegría y vida por doquier.

En una plazoleta jugaban y discutían tres muchachos de nueve a diez años.

—Tulio, eres un traidor. ¡Siempre das el golpe cuando estoy descuidado!

—Dí que tú eres un cobarde y habrás dicho la verdad. ¿No ves, Sirio, como yo no tengo miedo a tus golpes, ni a los de un hombre de veinte años? ¡Ni a nadie!

—Claro, porque tú tienes mucha fuerza; cuando yo tenga diez años como tú, también la tendré y entonces no temeré a nadie.

—¡Tú que has de tener!—dijo, soltando una expresión soez, impropia de unos labios tan tiernos todavía. Dejemos el juego de libres y esclavos, porque eres un finucho y a cualquier movimiento, sin quererlo, puedo de gollarte.

—¿Jugamos al espolón?—dijo Alipio.

—¡Oh, sí, sí!—gritaron todos.

—Somos solamente tres—dijo Tulio, pero por lo esquina viene un rapaz. . . Apresémosle y no le dejemos pasar, al menos hasta que haya echado una partida con nosotros.

—Sí, sí, sí—gritaron todos.

—Pronto llegó hasta ellos un niño de unos nueve años, bellísimo, rubio y encarnado; más que de carne, parecía hecho de nardos y rosas. A pesar de sus poquitos años, infundía respeto mirarle, cuanto más detenerle y apre-

sarle como era el intento de los chicos.

Tulio, como más atrevido, le dijo:

—Oye, chico, ¿adónde vas?

—Voy a hacer un encargo de mi padre.

—¿Por qué no te detienes un poco a jugar? Nos falta uno para la partida, ¿Qué dices? ¿Quieres quedarte?

—No puedo, soy pobre y tengo que trabajar.

—Entonces, ¿tú nunca juegas?

—Sí, ¡ya lo creo! Juego todos los días que son de descanso.

—Pues quédate un rato—insistió Tulio—y después vas al trabajo.

—¡Oh, no! Mis padres han quedado con cuidado y si tardo pensarán que algo desagradable ha podido ocurrirme.

—Pero, ¿adónde vas? ¿Cuál es tu trabajo?

—Voy a un bosque cercano a traerme unos troncos de nogal que tiene mi padre aserrados. El es carpintero y yo le ayudo en sus faenas.

—¡Ah, pues si está cerca vamos con él—dijo Sirio—y le ayudamos a traer la carga. ¿Quieres que te acompañemos?

—Con mucho gusto—contestó el niño.

—¿Y qué nos darás si te ayudamos?

—Yo, nada tengo, pero mi madre, que es muy buena, os dará un trozo de pan untado en rica miel.

—¡Conformes! Vamos, vamos con él—gritaron todos.

—Oye, y tú ¿cómo te llamas?

—Yo soy Jesús—contestó el niño con gran majestad.

—¡Vaya un nombre peregrino!—balbuceó entre dientes el perverso Tulio.

El trayecto que faltaba para el bosque no era muy largo y lo anduvieron los tres chicos acompañados del bellísimo Jesús, que entre admirados y envidiosos de tanta beldad, no cesaban de interrogarle.

.....

—Hemos llegado—dijo por fin el niño rubio.

Era aquél un bosque de gigantescos árboles, mal ordenados, apiñados unos contra otros, cuyos vastos ramajes formaban unas espesas bóvedas que al ser mecidas por la brisa, rizábanse

las hojas risueña y caprichosamente. Sus inmensas y corpulentas ramas daban albergue gratuito a una falange infinita de alados pajarillos que con sus constantes y variados trinos, sólo hacían añorar los armoniosos conciertos celestiales. Alfombra de exuberante césped salpicada de múltiples y olorosas florecillas perfumaban el ambiente, dando a la vez, un aspecto sorprendente con aquella variedad de colores. Un arroyuelo cristalino serpenteaba graciosamente aquel vetusto y gigantesco arbolado, contribuyendo éstos y otros muchos detalles a convertir aquel paraje en un verdadero paraíso.

—Estos son los trozos de madera que he de llevarme a casa—dijo el niño.

Fueron acercándose todos y probando el peso de los troncos.

Sirio cogió uno, y soltándolo prontamente exclamó.

—¡Zapel! ¡Este pesa más que un difunto! ¡Yo no me cargo esto por un poco de pan y miel; ¡si me das algo más? y si no... lo llevas tú.

—Ahora, mientras te cargas, voy a recorrer este inmenso bosque, que no conocíamos, y que deben contarse en él los nidos de pájaros por millones. ¡Qué pasada de tirarles piedras voy a darme...!

—No te internes por esos zarzales, Sirio, pues son muchas las fieras que hay y pudieran destrozarte. Además—añadió el niño—no es de corazones nobles gozarse en deshacer los nidos de las aves que han sido creadas para fines utilísimos.

—¡Mira que sabio es éste!—dijo en tono de mofa Tulio—. ¿Le habrá enseñado estas cosas su padre, el carpintero? Pues dí que lo de las fieras me pone un poco en guardia, que si no íbas a ver aquí a un tío derribando nidos. Bueno—continuó Tulio—y ¿es que tú, con esas manos de manteca, vas a poder llevar ese peso? ¿Por qué no ha venido tu padre a conducir estos maderos?

—El ya se llevó los grandes, y dejó estos chicos para mí, que como soy pobre debo acostumbrarme al trabajo.

—¡Ah, pues entonces llévalos tú, no fastidies! Haz fuerza, ya que tienes que vivir del trabajo, que yo no tengo por qué. Estos para mí—dijo el malvado cogiendo el tronco más grueso—es como una paja, pero ¡que demonio!, no tengo por qué molestarme. Mi porveni-

está asegurado sin necesidad de darme grandes pasadas.

—No le ayudemos, no le ayudemos —dijeron todos a una—, a ver cómo se las arregla él solo con esas manos tan delicadas.

Oyóse entonces una voz temblorosa que decía:

—¡Perversos! ¿Por qué no ayudáis a ese lindo niño? ¡Si yo no estuviera como estoy... con cuánto gusto te llevaría toda la carga...

—No importa—dijo Jesús, mirando a un enorme sicomoro de donde salió la voz—; si deseas ayudarme, baja del árbol y mi padre te recompensará tu acción.

—Sí, sí, —gritaron todos— baja, que su padre te dará por toda paga un trozo de pan untado con miel.

—No necesito más recompensa que la de poder servir a este bello niño sin que huya de mí.—Y dando un salto presentóse a cierta distancia de ellos con gran temor.

Era un ser de aspecto verdaderamente repugnante, roído y mutilado todo él.

¡Uf, uf! —gritaron los tres al tiempo. ¿Pero qué vemos? ¡Si es un leproso!... ¡Impuro, impuro! ¡Fuera, fuera lejos de nosotros o te matamos a pedradas!

Y diciendo y haciendo, cogió cada uno una piedra que comenzaron a descargar sobre el pobre leproso.

Tulio, con toda la fuerza hercúlea e infernal que poseía, tirole una piedrecilla esquinada, que vino a darle en uno de los tubérculos ulcerados de aquellas mejillas destrozadas, empezando a manar abundantísima sangre podrida.

Entonces Jesús, con una valentía inesperada por aquellos malvados, les dijo imperativamente.

—No tiraréis ni una sola piedra más a ese infeliz, ¿me oís?

Sirio y Aripio, amedrentados, soltaron las que tenían en las manos; pero Tulio con un coraje satánico, exclamó:

—¿Que no le tiro? ¡Y a tí también te tiro y te mato!

—¡Tulio, Tulio!—dijo Jesús con grande calma y majestad—«Tengo compasión de tí».

Tulio, como ignotizado por aquella dulce mirada, dejó los brazos caer, sin atreverse a pronunciar una palabra más.

Entonces Jesús, sacando de los pliegues de su túnica un pañuelo limpio como el agua del arroyuelo que próximo a ellos corría pesaroso de no poder detenerse a presenciar escena tan conmovedora, y con él fué limpiando toda la cara del pobre leproso, quedando el pañuelo completamente teñido en sangre y la cara del enfermo, ¡oh prodigio!, limpia y hermosa cual si nunca hubiese habido enfermedad en ella.

Pasaron los años, y un amanecer de un viernes de Marzo, en el Pretorio de Pilatos había un hombre preso, que por no haber encontrado el inicuo juez delito alguno en él, mandó azotarle por ver si mostrándolo al pueblo desangrado y exámine, podía apagar la

sed de odio que el pueblo sentía hacia aquel hombre extraordinario.

A este fin fueron elegidos los sayones más fornidos y feroces de la guardia, que saciándose a su sabor pusieron las espaldas del pobre reo hechas una pura llaga.

Ya estaban todos fatigados de tanto azotarle, cuando llega un nuevo sayón que, cuadrándosele enfrente, le dice;

—¿Pero es a tí a quien me mandan azotar? Con un sólo latigazo que con estas manos te diera, caerías al suelo para no levantarte jamás. Pero no es conveniente, puesto que debes sufrir la afrenda de ser crucificado. Yo te daré de estos otros azotes—. Y tosiendo y acumulando en su infernal boca una buena dosis de inmundas salibas, con gran fuerza descargó aquella hedionda podredumbre sobre el rostro límpido y divino en que se miran los Angeles.

Jesús estaba en pie, pálido, desfigurado, silencioso y con la cabeza baja; más al oír la voz del que le profería injurias tan atroces, levantó aquella adorable cabeza y mirando con fijeza al sayón le dijo con dulcísimo acento:

—¡Tulio, Tulio, tengo compasión de tí!..

Entonces el sayón, recordando de otros tiempos aquellas mismas palabras y viendo en el preso toda la majestad de aque niño que en el bosque curó al leproso, exclamó:

—¡Jesús, niño divino! ¿Eres tú...? Sí, sí, no hay duda, tú eres el Mesías que esperábamos...

Y lleno de dolor y arrepentimiento cayó desvanecido.

Nuevos emisarios de Pilatos, mandaron salir a Jesús de aquel recinto para presentarlo al pueblo, ya desangrado... y atropelladamente lo llevaron allá.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Polvo eres... He aquí la primera verdad que nos recuerda la Iglesia, al poner, el Miércoles de Ceniza, sobre nuestras frentes el símbolo de lo que somos.. y nada más. Lo mismo dijo Dios a Adán que, olvidado del polvo de que había sido hecho, presumió ser como Dios y se rebeló contra su Hacedor: *Pulvis es: Polvo eres.*

Afánate y lucha, hombre del mundo. Quieres abarcarlo y en esta ansiedad no encuentras límite. La ambición te ciega. Los deseos nunca son satisfechos, nunca encuentras una situación de sosiego a tu avaricia inmoderada.

¿Qué persigues? ¿Qué quieres? ¿Qué buscas con tanto afán? Yo sé lo que deseas, pero ese no es el camino de alcanzarlo. Emprendes ruta equivocada. Por ahí jamás lograrás tus deseos nunca satisfechos. Tus dineros amontonados en casi olvidadas cuentas, no te dicen nada. Tus comodidades, adquiridas por todos los medios lícitos o

ilícitos, tampoco colman tus ansias. Los placeres del mundo que alcanzas fácilmente con tus abundantes billetes tampoco te llevan por el camino de tu felicidad.

Y sin embargo, tú, continuas afanosamente el ansia inmoderada de abarcar el mundo, de subyugarlo, dominarlo todo, que tu voluntad no sea discutida, pero nada consigues. No sabes lo que quieres, y cuando crees lograr, al fin, la felicidad que buscas, se te va de las manos, como el agua que coges entre tus dedos en el arroyo del camino.

Dentro de tí, tu conciencia te dice que no está satisfecha, no ha encontrado la felicidad ni la alegría, rechaza todos los placeres humanos, los bienes-tares que tu dinero le ofrece, y el tedio el aburrimiento, y tal vez, la desesperación algún día, dominan tu espíritu.

Piensa, medita, el tiempo cuaresmal se acerca y puede darte ocasión de aclarar tu inteligencia de hombre de negocios, de hombre de mundo, para que veas claro y desvíes tu camino equivocado.

Si dedicas un momento a la meditación, tratando de aclarar tu procedencia, de dónde vienes, forzosamente tendrás que preguntarte, entonces, a dónde vas.

Si tal haces, averiguarás que todas tus preocupaciones, inquietudes, afanes y ambiciones, estaban desviados del buen camino.

¡Qué inquietud y preocupación y gran penal, será la de quien ve llegar el final de su jornada, sin lograr la meta ansiada a pesar de encontrarse rodeado de riquezas.

La Cuaresma comienza.

La Iglesia nos dice ya el primer día una gran verdad: *Polvo eres...*

Y la misma Iglesia y en el mismo día nos da también la clave final de nuestros cuerpos:... *y en polvo te has de convertir.*

R.

CONSEJOS

LA MUJER

La mujer en la vida social tiene una gran misión que cumplir.

Su femineidad, debe ser característica de su trato afable, dulce, suave en sus maneras, atenta y amable en la conversación, discreta en el decir, aparentar ignorancia y apartarse discretamente, cuando la palabra soez o grosera llega a sus oídos. En sus labios siempre es muy oportuna una sonrisa, y muy poco femenino el gesto duro y altanero. Si, por desgracia, tiene que alternar diariamente en sus ocupaciones con varones, habrá de guardar una mayor atención a mantener su femineidad en todo momento. Hablará muy poco, procurará en todo momento estar ocupada para evitar conversaciones ajenas a su trabajo, contestará a todos con la amabilidad propia de su sexo, y habrá de evitar, siempre, la

mala contestación, la brusquedad en sus palabras, y la demostración de un mal humor con una impertinencia.

Si sabe en todo momento mantenerse en su puesto de mujer, se habrá ganado la estima y respeto de todos, que el hombre sabe respetar a la mujer, cuando ella hace que se la respete, pues la considera un ser superior moralmente a él y no osará faltarla en lo más mínimo.

Sin embargo, si la mujer no sabe mantenerse en su puesto, es entonces cuando se la considera una compañera más con todos los inconvenientes del hombre y desventajas de ser mujer.

Mucho bien puede hacer la mujer, si ella se lo propone. El hombre se deja llevar por sus hermosas cualidades morales y la admira y respeta, sintiéndose atraído por ella y dispuesto a hacer... lo que ella quiera. ¡Cuanta responsabilidad para la mujer en la vida social!

Siempre la mujer. De ella depende, casi siempre, que el hombre sea bueno o malo en todos los sentidos de esta palabra. No sólo pueden influir en quienes están a ellas unidos por parentesco, sino en muchos otros hombres que con ellas tienen alguna relación por sus ocupaciones, trabajos profesionales o simple trato accidental en la vida social.

Tengan presente su gran responsabilidad para obrar en consecuencia.

J. M.

A las madres de los seminaristas

Cuando te di de comulgar a mi madre

Yo estaba recogido dando gracias de mi primera comunión sacerdotal. Cuando acabé, el monaguillo empezó a rezar el «Confiteor». Entonces empezó a levantarse por el templo un ruido suave al principio, más fuerte después, de la gente que se acercaba al confesionario. En medio de aquel rumor sentí unos pasos callados, por la misma alfombra del presbiterio hacia un reclinatorio privilegiado. Eran los primeros anuncios de una emoción intensa.

Mi madre estaba ya arrodillada en el presbiterio junto a las gradas del altar, en un reclinatorio preparado para ella. Así la vi cuando me volví cara al público para dar a la multitud la bendición antes de repartir por vez primera el Cuerpo de Cristo. Las manos me temblaban al trazar la cruz en el aire.

Cogí el Copón de oro en mis manos, lleno de blanquísimas Formas recién consagradas por mí y que parecían temblar también en el aleteo divino de darse a los hombres...

Por entre la Forma y el Copón veía a mi madre. Al principio con la mirada limpia, aunque temblorosa; al fin, a través de un velo húmedo que me nublaba la vista.

Allí estaba ella, arrodillada ante mí; sombreada su cara, donde ya se marcaban las arrugas, por la mantilla negra que le bajaba por la frente; aquella mantilla de seda que le regaló mi padre y que ella ponía nada más como rito sagrado, los grandes días de la familia. Vestida de luto,

como yo la ví siempre, sólo llevaba sobre el pecho un prendedor de oro con una perla rodeada de brillantes, que parecía una lágrima cristalizada sobre su eterna viudez.

Con su mano enguantada se daba humildemente sobre el pecho, los golpes litúrgicos de arrepentimiento.

Tenía la cabeza inclinada y los ojos bajos. Por eso la podía contemplar a mi sabor.

Al verla arrodillada ante mí, sentí un movimiento instintivo de vergüenza y un anhelo inmenso de cogerla entre mis brazos, ponerla de pie, y arrodillarme yo ante ella.

Pero me acordé que yo era entonces, más que hijo, el ministro de Dios. Dios mismo a quien tenía entre las manos.

Cuando la miré, ella había levantado ya su cabeza y tenía los ojos fijos en la Forma y fijos en mí porque estábamos Dios y yo tan cerca, que con una sola mirada nos envolvía a los. Estaba aún serena, pero tenía las mejillas más pálidas, y de sus ojos rodaban, grandes y hermosas, dos lágrimas; más grandes y más hermosas que aquella perla que brillaba en el prendedor de su pecho.

Creí que no podía más y me iba a entregar perdido en brazos de la emoción.

Los ojos continuaban húmedos y tibios, el corazón jugoso y acelerado, los pulsos temblorosos, pero por encima de todo, era yo señor de la situación, y medía lo sublime del momento y paladeaba el gozo inmenso de ser sacerdote y darle a Cristo a mi madre y sentía la satisfacción más grande y más honda de mi ser al poder pagar con el mismo Dios todo lo que debía a aquella santa mujer que arrodillada ante mí, me miraba fijamente con las lágrimas en los ojos y a quien yo miraba también a través de mis lágrimas.

Y en aquel momento indefinible de debilidad y fortaleza, levanté la Hostia, y antes de colocarla en los labios de mi madre, le dije al Dios que tenía en mis manos con toda fé y todo el amor filial del hijo sacerdote:

Señor, Tú que quisiste nacer de una mujer y llamarla tu madre y agradecerla el ser; Tú que sabes la deuda de infinito amor que debemos los hijos, escúchame, Señor. Al pasar por sus labios, Tú que sabes de besos, págale tantos besos que me dieron a mí. Esos labios me hablaron de tus amores, esos cuando Tú me llamaste, te dijeron que sí. Al estar en su pecho, —recuerda el de María, donde de niño hallaste la leche del amor—, págale tantos sueños como yo allí dormí, paga con tu presencia su maternal calor. Y cuando sientas dentro su corazón latir, —¡corazón de mi madre!— bésaselo, Señor; quítale las espinas que le puedan herir. —¡Clava en mí esas espinas!— y ciñelo de flor. Por sus mimos, tu gracia. Por sus penas, tus rosas. Y para la vida humana que ella ha encendido en mí, alumbrada en sus entrañas rumorosas de la vida divina que yo le doy en Ti. Después de haber pagado mi deuda, Tú a tu vez paga lo que le debes como buen acreedor. Tú le pediste el hijo sostén de su viudez, ¡y ella te dio aquel hijo, con infinito amor!

Tracé en el aire, firme y lenta, la cruz ritual con la blanca Forma; y luego, despacio y midiendo el regalo inmenso que daba a mi madre, puse entre sus labios a Dios hecho pan. Ella cerró su boca lentamente también; me miró con una mirada larga y suave, que no olvidaré mientras

viva, bajó la cabeza y la hundió entre sus manos para dar gracias al Dios que yo había puesto en su pecho. Yo la miré así un instante y me sentí inmensamente feliz.

RAMON CUÉ S. J.

Mi sueño como entonces

Yo quisiera acostarme en esta cama igual que en el regazo de mi madre una noche lejana, cuando ella, haciendo de manteles con sus brazos, me protegía del frío de la noche.

Cuando de sueño ya cedían mis párpados me cogía la mano temblorosa, y con mis dedos débiles, trazaba una cruz en mi frente, y yo dormía.

¡Qué dulce era mi sueño así velado! En mis labios los ángeles pintaban una sonrisa, que reflejo era de la que, por mirarme, tenían ellos; y yo, que me dormía, dormía tranquilo, y hoy la inquietud perturba mi descanso.

¿Qué dibuja, hoy, el ángel en mi boca? Quizás mis labios, al copiar los suyos, tengan la mueca de tristeza aguda. ¿Y yo quiero dormir como aquel día?

No me duerma mi madre, como entonces pero yo puedo hacer lo mismo que ella, con mi mano temblona: allá en la frente, aquella cruz que bendecía el sueño; que, por mirar sus trazos desde lo alto, quizás sonría el ángel que me guarda, y por ver la sonrisa de mi boca vuelva a velar mi madre desde el cielo.

Hermenegildo Rodríguez

MENTIRAS DE LA VIDA DIARIA

- Gran rebaja de precios.
- Pescado fresco.
- Le acompaño en el sentimiento.
- S. s. s. q. b. s. m
- ¿Quiere usted comer con nosotros?
- Crea, amigo sastre, que su cuenta me preocupa...
- Garantizado por dos años.
- Ha tomado posesión de su casa.
- Éxito sin precedentes.
- No te puedes imaginar lo bien que lo hemos pasado en el campo.
- Dociéntas representaciones.
- Mi esposo es un santo.
- ¡Qué criatura más mona!
- Primer actor.
- ¡Dichosos los ojos que te ven!
- Es usted la muchacha más encantadora que he conocido.
- Voy a ser breve...
- Mi querido amigo.
- Leche pura de vaca.
- ¡Qué preciosidad de perro!

Comentando

Y VA DE CUENTO...

Lo titulo cuento, porque de alguna manera se había de titular, pero no es este el nombre correcto, ya que de cuento no tiene nada más que las apariencias. Sucedió

pues, nuestro cuento o historia, en una tan remota e insignificante aldea de una provincia del norte, que ni su nombre aparece en mapa alguno, ni nacional ni provincial, ni nada referente a él se conoce fuera de sus inmediaciones.

No obstante este incógnito, guardado de siglo en siglo con una severidad de claustro, hubo un día que en cien leguas a la redonda, empezó a sonar el nombre de Roncedo, como algo así como de estación deportiva y turística. Toda la Provincia se volcó materialmente en sus retorcidas y sinuosas callejuelas, y pisoteó el verdor immaculado de sus campos. Todos se extrañaban, al llegar a tan pintoresco lugar, de no encontrar, ni por asomos, ningún terreno dedicado al cultivo, ni ninguna clase de ganado pastando en sus praderas vírgenes. Las casuchas, miserables y ruines casi desvencijadas por la vejez, eran una imagen muerta de la soledad y el abandono. ¿Dónde, pues, radicaría la fama de última hora alcanzada por aquél miserable villorrio? Ni iglesia, ni escuela, ni cuartel de la Guardia Civil, ni nada que lejamente oliese a civilización había en la aldea, había que buscar en la parte contraria sus atractivos, y en efecto, allí se encontraban.

La taberna del lugar; inmunda pocilga de malos olores, poco degustados sabores, y de muchos, muchísimos, etcéteras malos, era el verdadero centro que irradiaba sus rayos de fama por el contorno. Allí, desde la amanecida, en vez de imitar a los oscurantistas y retrógrados aldeanos de los contornos, que acudían a sus campos a trabajar, los vecinos de la civilizada Roncedo, se reunían, solamente hasta bien entrada la noche, a echar su partidita de brisca. Y a fuer de honrado he de confesar, que en esta meritísima labor, no había quien les metiera mano.

Allá, a altas horas de la noche, la vuelta

a sus casas, más parecía una profesión de espectros y de fantasmas, a la luz de mortecinos candiles, que retirada de hombres cansados del trabajo. Sus inseguros pasos bordeando, de lado a lado los caminos, resonaban en silencio nocturno, y algún que otro cantar, mal entonado, por sus voces aguardentosas acostumbradas al alboroto del entusiasmo del juego, dejábase oír, repetido por los siniestros ecos de las montañas.

Entre todos, descollaba uno, de pelo entrecano, vizco, parecido a D. Quijote por la contextura física y por el desgarbo animoso y retante de sus ademanes. Puso cátedra en la tabernucha, y decidía en las jugadas de dudoso gusto. Su opinión era el dogma que obligaba, y su asiento invariable, debajo del sucio ventanuco, estrecho y corto, que daba al patio maloliente de los sumideros, era la cátedra reverenciada por todos los asistentes asíduos de la casa.

¡Qué bien manejaba Ramonzón sus cartas! En sus manos, la baraja, resbalaba más que corría, y de la habilidad de los dedos torpes y sarmentosos de Ramonzón, incapaces para otra clase de menesteres, saltaban las cartas al tapete, de papel de periódicos, que cubría la mesa húmeda de vino malo y salpicada del peor tabaco.

¡No sabéis jugar! — Repetía sin cesar a sus contricantes y a los mirones que constantemente le rodeaban.

¡No sabéis jugar! — Y sus cartas invariablemente mataban la baza del contrario. Y, en efecto, más parecía juego de prestidigitación y de magia que inocente juego de envite y combinación.

Aquel día, pasmáronse los forasteros, al presenciar en diez juegos seguidos la estrepitosa derrota de sus adversarios, que

tiraban sus cartas viendo que invariablemente el as de Ramonzón, se tragaba el tres de triunfo. Un periodista quiso intervenirle, abandonó majestuoso el juego, y se prestó al interrogatorio. No hubo manera. Aquel hombre, fuera de sus cartas, no servía para nada. Se comprendía que no trabajase en otra cosa más provechosa. Lo único que pudo decir, como lección práctica de su escuela de juego, de su gramática parda y de su sagacidad aldeana, fue lo siguiente:

—Desengáñese Vd., ¡Sin hacer trampas, no hay quien gane un juego!

Y desde entonces, de todas partes acuden a Roncedo infinidad de visitantes para ver a Ramonzón jugar con trampas, quizás con ánimos de aprenderlas, ya que hoy en esta vida, como en las partidas de brisca de la tabernucha sucia y mugrienta, ninguna ventaja puede sacarse jugando limpio.

¡Cuántos civilizados de hoy son simples discípulos del analfabeto Ramonzón, el Quijote de la brisca entrampada...

HERO

Planchas ACANALADAS
de CUBRICION

Covadonga, 27 - Teléf. 1817

César A. Prieto
PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina
Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)